
LA PEDAGOGÍA EN LA ENCRUCIJADA DE LA POSMODERNIDAD

*José Alfredo Montes Jiménez**

INTRODUCCIÓN

En el presente lo mejor que podemos hacer es un paréntesis para ponernos a reflexionar en torno a la situación caótica pre-valectante por el fracaso fehaciente del proyecto de la modernidad, por tal motivo se requiere poner en duda el papel que han jugado los constructos científicos de todas las ciencias, y muy especialmente, nos interesa el estatus que guarda la pedagogía. Asimismo enfatizar sobre la participación del hombre en la conducción social y de la ciencia, es en todo caso el inicio de ese desorden social a que se hace alusión.

El presente trabajo tiene la intención, además de establecer una equiparación entre lo que se planteó el proyecto de la modernidad con respecto a lo no logrado, lo cual nos permite *incursionar* en el discurso de la posmodernidad. Para ello, es necesario *revisar* las épocas precedentes con la intención de contextualizarnos de la mejor manera, para reforzar los elementos de análisis y de cuestionamiento.

Contempla una especial atención el tipo de pedagogía necesaria para que se cumplan los propósitos de progreso social a partir de la formación de un tipo de hombre que garantice dicho propósito. Siempre aludo a la pedagogía como la ciencia que tiene como objeto de estudio la educación.

**Catedrático de la Universidad Autónoma de Sinaloa y estudiante de Maestría en Pedagogía en el Instituto Michoacano de Ciencias de la Educación.*

La pedagogía en la encrucijada de la posmodernidad

El presente nos convoca con suma rigurosidad a efectuar un itinerario retrospectivo, desde la antigüedad haciendo énfasis en el Renacimiento, para su mejor comprensión, precisamente en este momento de cambios vertiginosos que se observan en todo el mundo, cambios que denotan un desorden social global y que por ello mismo se genera una inestabilidad económica, política, social y cultural. No es, entonces, fácil de aceptar esa tendencia vicisitudinaria que nos lleva a un impredecible estatus en cuanto a las proporciones desastróficas. Pero también es difícil aceptar que el hombre como único ente, con capacidad, cualidades y posibilidades de ser y hacer -pues las demás cosas no pueden ser más lo que ya son- no esté haciendo nada importante para detener su propia autodestrucción. Por lo tanto, dentro de la sinuosa existencia de la sociedad, el principal problema del hombre viene siendo el hombre mismo.

Si la problemática general adquiere dimensiones tendenciales como las mencionadas, sería interesante empezar a preocuparnos por cuestionar a la ciencia en general sobre ¿qué es lo que ocurre hoy? ¿Qué es lo que pasa ahora aquí? ¿Qué es ese ahora y aquí en el interior del cual viajamos unos y otros? ¿Nada se podrá hacer para reconducir por mejores senderos nuestra actual y futura existencia? ¿Será cuestión de la educación en los valores? Y si en una referencia iluminatoria involucramos a las ciencias en lo particular, específicamente a la pedagogía, ¿cuál es la circunstancia que guarda frente a ese desorden social? De estas y muchas más interrogantes está colmada "nuestra realidad", pero una realidad que es nuestra y no, pues lo que está detrás de ella es la *simulación*, la cual "no corresponde a un territorio, a una referencia, a una sustancia, sino que es la generación por los modelos de algo real sin origen ni realidad: lo hiperreal. El territorio ya no precede al mapa ni le sobrevive. En adelante será el mapa el que preceda al territorio", es a lo que Jean Baudrillard llama la precesión de los simulacros.

Volviendo a los cambios, es indudable para todos que por su vertiginosidad y su dimensionalidad de consideraciones múltiples y diversas, han tocado todos los ámbitos de nuestra auténtica existencia, en lo cotidiano y lo científico. En lo cotidiano, vemos, en medio de un concierto de lamentaciones la depredación de los recursos, la miseria y la explotación, en los pueblos y ciudades la marginación, el hacinamiento con la opulencia, la soberbia y la abundancia desequilibrada de la riqueza. En lo científico, no se puede ocultar que ha habido cambios en las reglas del juego de la ciencia, pues en cada uno de sus campos se han desatado importantes debates que la vuelven más complicada, y que la ponen en un estado de sospecha, lo cual nos permite obtener elementos analíticos más amplios y profundos, de tal manera que nos alerta sobre cuál es la verdadera tendencia de la ciencia en cuanto a la búsqueda de conocimientos y a quién y para qué servirían éstos. En este caso tienen una circunstancia especial las llamadas ciencias sociales, pues se ha convertido en una urgencia entender el papel que desempeñan sus teorías y sus investigaciones sociales en la transformación de la realidad de tan alto grado de cambiabilidad y modificabilidad de sus dinámicas en el decurso histórico. Pero además descubrir si definitivamente no va a ser posible desapalabrar a esta realidad de los que se han encargado de que sea así y no de otro modo y si va a ser posible a través de las ciencias sociales, que la mayoritaria masa anónima que ha caído en un desleimiento para que se entienda a sí mismo y a la sociedad que pertenece para que pueda dejar de ser el potencial espectador de los grandes acontecimientos.

Obedeciendo al propósito de contextualizarnos, es necesario introducirnos en ese rápido itinerario retrospectivo que nos permita, nos precise o nos dé elementos esclarecedores de la actual condición posmoderna y su relación con las ciencias, en particular con la pedagogía, con la idea de problematizar dicha realidad discursiva y fáctica, pues las propias circunstancias de las ciencias deben explicitar los sucesos territoriales que le competen.

En cumplimiento a lo anterior, si analizamos la época antigua, podemos inferir que la existencia del hombre se daba en medio de sencillas relaciones sociales y que su propia limitación del conocimiento del medio en que se desarrollaba, así como la enseñanza que transmitía, se ven influenciados por creencias supraterráneas. Este hombre antiguo del que se tienen contornos más claros a partir del siglo VI a. de C., aproximadamente, desarrollaba un conjunto de técnicas para lograr su subsistencia y ejercía ciertos conocimientos que le permitían ir paulatinamente desarrollándose, al mismo tiempo que su existencia se volvía más compleja. Pues en esta época ya se conocía el concepto de pedagogía, el cual no desarrollaba otro papel más que lo que su significado etimológico le permitía: "guía del niño", pues el pedagogo no era más que un esclavo que tenía como tarea acompañar a los niños a la palestra (abbagnano). Esa circunstancia social de la pedagogía dura mucho tiempo, pues conforme fue consolidándose la época antigua, figura, paralelamente, el poder de la orden sacerdotal, ésta fue intercediendo en el desarrollo de la sociedad y de las ciencias, de tal manera que provoca la formación de un tipo de hombre dócil y temeroso ante la idea de Dios. Esto facilitó que la educación se desarrollara de acuerdo a las pretensiones sacerdotales y que las relaciones sociales permanecieran estables y sin cambios trascendentales. Todo esto significa que la pedagogía también permaneciera en su misma débil existencia.

En los siglos que componen la época antigua y media, en la medida que la ideología teísta va imponiendo una explicación de los fenómenos que a la vista se presentaban y que por conveniencia a la orden sacerdotal, fomentaba la creencia de la dominación de la naturaleza (por una fuerza divina) hacia el hombre y además intercede en la construcción del conocimiento de la ciencia teológica, incrusta sus principios dentro del ámbito educativo con pretensiones de sometimiento y mediatización social. Esto lo lograban con el incremento de una estrategia metodológica opuesta a la seguida por Nietzsche, ocultando la verdad a la mayoría, reunir a unos cuantos con esta astucia, decirse entre ellos la verdad y poner los medios para seducir a

la mayoría. No poner todo al descubierto como hacía Nietzsche. No despertar sospechas y persecuciones, que se contenten con el misterio que agudiza la curiosidad. Lo que favorecía a tal situación es que no existía más que un poder, el teológico, el cual guiaba la conducta y educación del hombre dotado de gran temerosidad. Se decretaba por la vía de los hechos una educación permeada por el teísmo puro que prevaleció en forma incuestionable hasta el siglo XIII, que es cuando aparecen incipientes expresiones contrarias a la línea eclesiástica oficial, dichas expresiones fueron perfilando la corriente reformista, pero por el momento no tuvo gran trascendencia.

De esa manera es como la educación se intencionaliza para guiar una cierta concepción de la vida y del mundo, la cual no chocara con los intereses de la jerarquía eclesiástica y de la tésis de la institución-iglesia en su conjunto. En cuanto a las ciencias, éstas van hasta donde la conveniencia circunstancial les permitía, tomando como rasgo característico que no trascendían, en absoluto, lo que ya estaba dictado y por lo tanto, el estatus no era problematizado. Todo estaba dicho, dado y controlado. Incluso, en todo este período de dominación teológica la sociedad humana y el cosmos se presentan bajo la figura de un orden finito, en donde cada cosa tenía su lugar determinado según relaciones claramente fijadas en referencia a un centro. Así el universo medieval estaba constituido por dos niveles distintos, sujeto cada uno a leyes propias: el mundo sublunar (la tierra y sus leyes) y el mundo celeste. En este caso el centro es la tierra.

A imagen del mundo cósmico (hasta antes del Renacimiento), el mundo concreto del hombre también es finito, en el que todo ocupa un lugar preciso en relación con un centro y con una periferia. En este caso para algunos el centro es Jerusalén y para otros Roma.

Pero además, hay un centro en el tiempo. El transcurso de la historia tiene un inicio: el momento en que Dios creó a la pareja en el edén. Toda la historia tiene un centro, el instante en que Jesucristo "salvó a la humanidad" y tendrá un fin preciso, el día en que Jesucristo regrese para juzgar a la humanidad.

La sociedad humana también está jerarquizada, en donde cada miembro tiene un papel muy específico que desempeñar, ésta es una asignación que se le hace desde que nace. La sociedad se ordena respecto a un centro político y uno espiritual: la doble potestad de la corona y de la tiara.

Pues bien, ese es el antecedente con el que se establece una ruptura en el Renacimiento. Pensando en el mundo físico primero, ya Nicolás de Cusa, a mediados del siglo XV hablaba de que el centro no coincide con ningún punto determinado. Más tarde, Copérnico anuncia la ruptura del modelo de un mundo cerrado. La tierra deja de ocupar el lugar central, en él se coloca la masa incandescente del sol. También en el siglo XVI, Giordano Bruno habla de un mundo infinito, sin centro ni periferia. En el mismo sentido opinó Kepler y Pascal.

Así llegamos a un universo donde no hay órdenes ni puestos exclusivos en el cosmos, todo queda fijado por las relaciones que guardan unos cuerpos con otros. Ahora lo que interesa es precisamente esas relaciones, las funciones en que se encuentra el movimiento de los otros. Es decir, la nueva imagen del mundo, lo importante es la función, las relaciones que rigen entre las cosas y entre los hombres.

También hay un cambio geográfico. En el Renacimiento, la tierra deja de tener un centro geográfico. Se inicia la era de los grandes descubrimientos, se reafirma la esfericidad de la tierra, se descubre América y sobre todo, se inician a la orden del día los grandes descubrimientos científicos.

Pero no sólo los lugares que ocupamos se relativizan, también las culturas. Nicolás de Cusa, Bruno y otros hablarán de la relatividad de creencias humanas. Pues descubren la gran diversidad de creencias en los distintos lugares, los valores tan diversos que guían la dinámica humana en cada lugar y se dan cuenta que cada cultura es una entre muchas.

Además, al mismo tiempo que se relativiza la geografía humana, también se resquebraja la estructura estamentaria de la sociedad. Se consolida la burguesía que se había ido formando en los burgos del medioevo, provocando así la aparición de un nuevo tipo de hombre, cuyo poder no está sujeto a las

relaciones de rangos de la sociedad antigua sino depende de la función que, de hecho, cumple en la sociedad. Son hombres que no sienten determinado su destino por el lugar que ocupan, sino que están empeñados en labrárselo mediante su acción.

En suma, en el Renacimiento empieza a fracturarse el mundo físico y la fábrica social. La vida del hombre ya no está marcada de antemano por el autor de la farsa de la asignación de lugar, cada quien tiene que escribirla mientras actúa. La posibilidad que empieza a abrir camino es la del individuo que, sin un sitio fijo, ha de labrarse un destino mediante su propia virtud. El valor que tenga en la sociedad ya no dependerá del papel que le haya sido asignado por la divinidad, sino de la función que desempeñe gracias a su esfuerzo. Eso es lo que en teoría se fue ventilando en la instauración del Renacimiento.

Esta nueva imagen del mundo le crea inseguridad y desamparo al nuevo hombre. No es fácil orientarse en un mundo que ha perdido su centro. El hombre carece de un puesto seguro. Por una parte inseguridad, desamparo, por la otra, euforia de acción de la empresa, entusiasmo por la libertad. Así es como se da el descubrimiento del *hombre moderno*, el que resulta importante compararlo con el actual.

En forma cuasi-paralela se da un importante movimiento que representa un verdadero cisma religioso, que para muchos significa facilitar la consolidación de la burguesía y el establecimiento del nuevo orden económico, es el movimiento de Reforma el cual se concreta con la escisión luterana, ésta misma, sin pretenderlo, dio un impulso tremendo al racionalismo al poner en tela de juicio ciertos principios tenidos durante mucho tiempo por intangibles. Tanto sus doctrinas como sus resultados sociales, redundaban en bien de la emancipación del individuo. Pero esto no autoriza que los creadores de la Reforma se lo hayan propuesto de un modo premeditado. Lo que sí buscaban era la emancipación del individuo para que fuera un buen cristiano. No para buscar formas de producción, que redundara en riqueza. La Reforma no tuvo respuesta para el campo económico, dando como resultado que los descontentos de la Edad Media se lanzaran a la disputa del poder contra la Iglesia.

De esta manera surge la *modernidad*, la cual viene a ser una síntesis precipitada de un conjunto de contradicciones que venían manifestándose siglos atrás. Su cobertura trastoca todos los ámbitos de la vida humana, especialmente el que nos interesa, que es el de la educación y la nueva situación en que se encuentra la pedagogía frente a esa nueva situación económica, social y cultural. Estas son las nuevas condiciones a las que arriba a la modernidad esa gran señora: *la pedagogía*, que tuvo una larga existencia, sin tortura alguna, pero con una incurción, en lo educativo, con muchas limitaciones. Pero es a partir del proyecto de modernidad en donde se empieza a tomar en cuenta con mayor detenimiento a la pedagogía y a construirse un discurso de acuerdo a la época, discurso que para muchos, es un chato favor el que se le hace si pretendiera constituirse en ciencia. Pues según en su origen la pedagogía de la modernidad sirvió a dos grupos antagónicos en el movimiento de Reforma y que por lo tanto ese origen es *ideológico*, con esa observación empieza, en principio, a volverse un concepto polémico y complejo.

Los grandes avances científicos se dan a partir de que se instaure la modernidad y el nuevo baremo para la organización cultural de la sociedad: *la racionalidad científica*. Tal racionalidad científico-técnica signa el proyecto de la modernidad. Encontramos que desde esta nueva forma de leer la realidad se inicia la ruptura más contundente de este momento histórico, de las formas precedentes, encaminando su tendencia al dominio de la naturaleza por un lado, y por el otro, a la organización social orientada conforme al baremo establecido.

Es, entonces, el discurso de la pedagogía de la modernidad, un parto de la instauración de ese nuevo orden económico y de esa nueva ideología que se instalaría que es la racionalidad, en ese nuevo contrato social, que busca transparentar a través de la explicación de los fenómenos que en épocas precedentes sólo les adjudicaban una relación divina, pero que con el inicio de esta nueva época se les da otra connotación a los mismos y un lugar privilegiado a *la ciencia y al hombre con su razón*. El problema no es esto sino sus resultados.

El proyecto de modernidad, como conjunto de buenos deseos explícitos, convenció de tal manera que se adoptó como única vía para el mejoramiento social y científico, y que dentro del mismo se encuentra el sentido universalista de civilización con base en un modelo de *hombre europeo*, y además iza la bandera del progreso a través de la ciencia, así como lo caracteriza Max Weber, se da la separación de la razón sustantiva expresada por la religión y la metafísica en tres esferas autónomas que son *la ciencia, la moralidad y el arte*, que llegan a diferenciarse porque las visiones del mundo unificado de la religión y la metafísica se separaron.

Pero de lo que se proyectó a lo que se ha cumplido ¿cuál es la distancia? Vale la pena hacer una valoración lo más desprejuiciada posible de esa génesis y la tétesis del proyecto de modernidad, al cual, en su origen, es cierto, no se le puede negar el mérito de que haya sido el canal para romper con ese mundo de la falacia inaudita, que marcó pautas ultrasensibles para la percepción del oscurantismo prevaleciente, aunque la actualidad nos indica y nos expresa que no fue otra cosa más que un oscurantismo por otro oscurantismo. Hoy vemos nuestro presente, nuestra cotidianidad con incertidumbre, es nubosa y oscura y si así es nuestro presente el futuro lo es más.

En realidad, en esta actualidad, nos hemos cansado ya de las teorías obscuras y obstrusas, así como de los recetarios metodológicos que en lugar de ayudarnos a entenderlos y, de paso, conocer nuestro modo de ser (propósito de la modernidad) y de comportarnos, se empeñan, a veces rabiosamente en señalarnos un mundo acabado, hecho y dado; éste por más que tratamos de contarlo, de medirlo y describirlo para finalmente comprenderlo, se nos deshace en las manos, pues vemos cómo las respuestas de las más diversas teorías (con sus excepciones, claro está) no nos han convencido cabalmente; y las estadísticas y conteos minuciosos no nos dan la razón del poderío que oprime y domina el espacio económico y el de los individuos, así como el escenario de la política. A diario percibimos la práctica de la violencia, el uso de la fuerza y de coerción contra los que no pueden defenderse y, al mismo tiempo, campea la

arbitrariedad, el abuso, el robo disfrazado con la bendición legal. Todo esto no lo ven así quienes escudados en el proyecto de la modernidad han tenido y se han venido heredando el liderazgo internacional con el propósito de guiar al mundo según sus intereses y conveniencias. Esta es, desde mi punto de vista, una observancia desde una postura *posmoderna* que va más allá de ser una simple moda de términos y que representa todo un estilo que anima, genera y provoca la producción de otras ideas para esta nuestra nueva época, ya que encontramos con suma claridad que tanto las teorías como las metodologías y procedimientos han sido rebasados por estas realidades. Las ciencias sociales nos describen un universo sobre el cual existen muchas incógnitas. Por ejemplo si la ciencia iba a dar la solución a los problemas del hombre ¿por qué en lugar de ello, se han agudizado? ¿Quiénes y con qué intención han manejado nuestra sociedad? ¿Quiénes han llevado en sus manos, como una transportación intelectual, la celebración de la instauración de la sociedad actual, que todo pide y nada efectivo le dan? ¿Cuál es el problema de fondo? Todo aparenta una gran sospecha hacia la ciencia -en términos generales- y a su poca eficacia para aclarar las oscuridades del camino social y su revelación como una no-ciencia. Pero ante eso que aparenta ser una ciencia vergonzante por su incumplimiento cabal del progreso, el cual fungió como bandera para suplantar lo que se poseía teológicamente, lo que en realidad ha pasado es que la mano del hombre ha pervertido el funcionamiento de esa ciencia, porque la ciencia *per se* no puede ser catalogada como la culpable única y directa. ¿Quién aporta los conceptos, categorías, principios, teorías, etc., considerados como válidos y verdaderos? Es claro que se extraen de la ciencia, pero ésta es creada por el hombre y él mismo la manipula, por tanto, de aquí se infiere que la solución es el hombre mismo.

No podemos negar la realidad aparente de la que nos percatamos con un simple ejercicio visual. Es indudable que ha habido avances científicos en el aspecto tecnológico; en cuanto a la energía utilizada, al principio fue el agua, después la atómica; la medida del tiempo, primero los calendarios primitivos, des-

pués hasta la utilización de los psicosegundos; los grandes medios de comunicación altamente sofisticados, la informática, etc. Estos avances son ¿para qué? y ¿para quién? Son precisamente estos avances factor de desarrollo y al mismo tiempo raíz de ciertos desajustes sociales, entre ellos el hombre, pues se ha convertido en una criatura sofisticada, compleja y problemática, de tal manera que invita a efectuar análisis más serios en torno a él. Pues el problema es él.

Entonces bajo la anterior circunstancia de "desarrollo", en donde las sociedades (aunque no todas) entran a la edad postindustrial y la cultura a la edad posmoderna, más o menos a partir de los años 50 y en donde el saber científico es una clase de discurso, ¿cuál es la vía de reconducción social? Se requiere de propuestas con fundamentos y garantes de una realidad que sentimos y vivimos. Pero en ello se tiene que considerar el alto grado de incidencia que tienen las transformaciones tecnológicas sobre el saber, pues esto se encuentra afectado en dos principales funciones: la investigación y la transmisión de conocimientos, pues es razonable pensar que estas circunstancias posmodernas afectan la circulación de los conocimientos tanto como lo ha hecho el desarrollo de los medios de circulación de los hombres, primero (transporte), de sonidos e imágenes después, estos últimos son los que constituyen los *mass media*, los cuales forman parte de las características de la posmodernidad.

En estas condiciones posmodernas, que no pueden ser entendidas más que como la controversia de una época que se siente en mutación de referencias, debilidad de certezas, y proyectada hacia una barbarización de la historia ya sea por carencias y miserias socio-humanas, ya sea por su contracara: la aceleración de la abundancia para un futuro deshumanizado, ¿cuál es la situación previsible de las ciencias y en particular de la pedagogía?

En el fin de este segundo milenio, recae sobre nuestra propia responsabilidad la formación de un eje de tensión reflexiva en torno al papel que debe desarrollar la pedagogía, para atender el futuro que se anuncia, de continuar el mismo estado de cosas. Se requiere, por lo tanto, una pedagogía que, a través

de su objeto de estudio que es la educación, transforme el poder de ese hombre individualista, egoísta y problemático; y que las instituciones en que se involucra la formación del hombre, ya no sean de dobles intenciones. Se requiere de la pedagogía como ciencia que tiene un objeto de estudio mutable que es la educación. Se tiene que reflexionar científicamente, como un todo, el hecho educativo, pues la educación no es sólo relación de individuos (sociología), ni tampoco sólo comportamiento de individuos (psicología), es eso y mucho más, pero con todo y sus alcances debe la pedagogía buscar los apoyos pertinentes en las otras ciencias con el propósito de que su reflexión sea más amplia y profunda.

La pedagogía aspira a contribuir, mediante la educación de las generaciones jóvenes, la constitución de adultos pertinentes y capaces de instaurar una sociedad futura más justa y valiosa, que garantice la descatastización de su propio porvenir. Para ello, tiene que sucumbir al estado social existente, en este caso a una apología de la realidad que leemos; tiene y debe correr este tipo de riesgos, tiene que postular el momento utópico de los conceptos más allá de las positivities existentes.

La pedagogía, a través de su objeto debe partir de esa creatura desvirtuada y descualificada en que se ha convertido el hombre y considerar -con ánimos de cimentar bien al hombre del futuro- su actividad vital, su capacidad para transformar -en sentido positivo-, la unidad compleja que es la praxis humana. El hombre con capacidad de subjetivar lo objetivo y de objetivar lo que él concibe como idea. Todo ello, indudablemente se constituye en un reto, pues no es fácil entender la actividad humana práctica y el carácter de la sociedad que ellos mismos conforman, así como las instituciones en las que luego los constituyen como entes sociales.

En resumen, ante la pérdida de peso de las grandes palabras que movilizaron a los hombres y mujeres de la modernidad, por el desencanto ante nociones como la razón, la historia y el progreso o emancipación, que están vigentes, pero no su forma de lograrlos, debemos involucrarnos en la búsqueda de ese gran relato perdido, que aún no se ha encontrado, para

reemprender nuestra historia desde nuestras especificidades, desde nuestra memoria y formas de haber participado y entendido lo que realmente significaron los códigos y paradigmas de la modernidad, y construir con fortaleza e incuestionable progreso social la época posmoderna.

BIBLIOGRAFÍA

- BAUDRILLARD, Jean, *Cultura y simulacro*, Ed. Kairós, 4a. ed.
BALANDIER, Georges, *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales*, 3a. ed., Ed. Gedisa.
CARR, Wilfred, *Hacia una ciencia crítica de la educación*.
CASULLO, Nicolás (comp.), *El debate modernidad/posmodernidad*, 4a ed., El cielo por Asalto, 1993.
COLLI, Giorgio, *El libro de nuestra crisis*, Ed. Paidós, 1991.
DÁVILA Aldás, Francisco, *Teoría, ciencia y metodología en la era de la modernidad*, Ed. Fontamara.
FOUCAULT, Michael, *Las palabras y las cosas*, 22a. ed., Ed. S. XXI.
LYOTARD, J. F., *La condición posmoderna*, México, Red Editorial Iberoamericana,
PACIANO, F. E., *Teoría de la educación*, 2a. ed., México, Ed. Trillas,
VATTIMO, G., *et al.*, (comp.), *En torno a la posmodernidad*, Ed. Anthropus.
VILLORO, Luis, *El pensamiento moderno*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.